

John Lynch
Simón Bolívar. A Life

Londres: Yale University Press, 2006

Guillermo Sosa Abella
Instituto Colombiano de Antropología e Historia (Icanh)

Al llegar a sus 80 años de vida, este historiador británico retorna a lo que innumerables autores antes que él ya han recorrido: la vida de Simón Bolívar. Restrepo, O'Leary, Mosquera, Larrazábal, Masur, Lecuna, Salvador de Madariaga, Liévano Aguirre, Bushnell y Carrera Damas son apenas una mínima parte de la enorme lista de quienes han dedicado extensos trabajos al líder indiscutible de la independencia suramericana. Obras bien documentadas y análisis rigurosos han hecho claridad sobre la más diversa gama de asuntos relacionados con la vida, la obra y la herencia del comandante general de los ejércitos patriotas.

Ante este panorama, la pregunta que surge es cómo no caer en la repetición, qué novedad se puede ofrecer en medio de una bibliografía tan extensa sobre el tema. En efecto, no se pecaría de atrevimiento al señalar que el libro de Lynch, salvo algunos datos parciales, no es propiamente novedoso en cuanto a la información que aporta y tampoco lo es en cuanto a la interpretación general que hace de los principales procesos en los que su personaje fue artífice central.

No obstante, después de varias décadas de investigar diversos aspectos socioeconómicos de la historia de España e Hispanoamérica y de producir numerosas obras del más alto nivel, elaborar una biografía de un individuo que vivió en esas sociedades necesariamente resulta un ejercicio especial, y en el caso que nos ocupa, los resultados que nos ofrece el connotado historiador inglés así lo confirman.

Sus conocimientos acerca de la sociedad de la que forma parte el personaje que estudia le permiten ofrecer un cuadro completo de las circunstancias en las cuales aquél tuvo que tomar decisiones. Esboza un sujeto cuyas respuestas a los problemas políticos que debió resolver tuvieron la versatilidad suficiente

como para adecuarse a la complejidad del proceso en el que su actividad se inscribía. En esta biografía, como quizás en ninguna otra acerca del mismo individuo, la sociedad en la que vivió aparece en primer plano con todas sus contradicciones y conflictos, sin que anule al sujeto, realizando la forma como éste asimiló y respondió ante las circunstancias. La novedad, entonces, consiste en que ausculta en toda su tensión la realidad sobre la cual intervino el personaje y, en consecuencia, las posiciones adoptadas por éste encuentran una explicación más sólida.

Se está ante la biografía de Bolívar, tanto como ante una historia social de los países cuya independencia él dirigió. La caracterización de los grandes terratenientes caraqueños, de los migrantes canarios y de la población esclava y de los pardos arroja claridad sobre el cuadro de intereses en juego y los conflictos que se escenificaban en la Capitanía General de Venezuela. La condición de los indígenas en Perú, Ecuador o Bolivia, o de los resguardos en la Nueva Granada explica la actitud política de este sector de la población ante las iniciativas autonómicas e independentistas de los criollos. Se analizan las relaciones de las élites hispanoamericanas, en especial de las peruanas, con las autoridades virreinales, y se alude a su temor frente a los levantamientos indígenas para dar cuenta de la renuencia y en el mejor de los casos la ambigüedad con la que asumieron la opción independentista. Se expone la situación económica de cada uno de los reinos, lo que al respecto esperaban sus respectivas élites y el impacto que la guerra tuvo en la producción.

Todo lo anterior articulado con los interrogantes políticos a los cuales Bolívar debió responder. Ante una heterogeneidad social tan marcada, cómo crear un consenso, con qué grupos contar y a cuáles subordinar; cómo atender la precaria condición indígena; qué medidas tomar frente a los esclavos; cómo responder a las expectativas de ascenso social de los pardos; en cuáles facciones de las élites apoyarse. En medio de esas condiciones surge Bolívar con una enorme capacidad de asimilar las peculiaridades sociales, económicas y culturales de los amplios territorios en los que intervino y para responder a ellas con un sentido pragmático, siendo fiel a la vez a los referentes ideológicos que fue cultivando a lo largo de su carrera.

Al detenerse en el contexto, las acciones más polémicas de Bolívar pueden ser explicadas teniendo en cuenta una serie de factores adicionales a los que comúnmente se han considerado. Si bien el objetivo no es en ningún caso aprobar o desaprobar el camino seguido, al considerar las opciones defendidas por otros líderes, el autor se pone del lado de su personaje. Esto lo hace con

relación a la mayor parte de los temas objeto de polémica, y las sólidas razones que ofrece para asumir tal posición hasta cierto punto lo justifican. Como se sabe, la guerra a muerte, mediante el empleo de los más crueles métodos, cegó la vida de una gran cantidad de combatientes y de civiles con dudosos resultados políticos. Aún así, pareciera que las circunstancias impuestas por las tropas realistas con su forma de hacer la guerra no hubieran dejado otro camino. El republicanismo de Bolívar, quizás más que cualquier otro tema político, fue y ha sido centro de álgidas controversias con funestos resultados prácticos. En particular, sus ideas acerca de la presidencia vitalicia y de un cuarto poder moral obedecían, antes que a cualquier inclinación aristocrática por el sistema monárquico, a la necesidad de crear un sistema que fuera acorde con las características económicas, políticas y culturales de los pueblos hispanoamericanos. El tratamiento dado al General Manuel Piar en 1817, le puso límites al caudillismo regional y consolidó la centralización del mando, en un momento en el que la guerra de independencia requería concentrar sus esfuerzos. Con relación al sustrato social que había en el fondo de la ejecución de dicho caudillo, Bolívar trató de evitar a toda costa la “guerra de colores” que impulsaba el caudillo al pretender que los pardos arrasaran con la población blanca. La decisión de intervenir militarmente en el Virreinato del Perú, a la par que exigió los mayores esfuerzos en la consecución de recursos materiales, puso en máxima tensión la política en el territorio de Colombia, con los consiguientes conflictos que a la larga agotarían las posibilidades de maniobra de Bolívar; no obstante, como éste mismo lo justificó, la seguridad de Colombia dependía de la suerte que corrieran las fuerzas realistas en el sur.

Como los anteriores, muchos otros temas se analizan con detenimiento y, por lo general, se concluye que las respuestas dadas por Bolívar eran las más acertadas, en medio del cúmulo de dificultades como las que tuvo que enfrentar para desarrollar su proyecto de independencia e institucionalización de la república.

No obstante, el autor no deja de ser crítico frente a algunos pocos episodios del intenso trajinar de líder patriota. El apresamiento y la entrega de Miranda a las tropas del rey el 31 de julio de 1812 por parte de Bolívar y otros jefes venezolanos fue un acto que posteriormente sus allegados y él mismo justificaron como una medida necesaria para obligar al Precursor —calificado entonces como traidor— a permanecer en el país, con el fin de que hiciera cumplir los términos de la rendición que había firmado con Monteverde. A pesar de este punto, el autor se une al juicio ya formulado por otros: “*the arrest of Miranda was an ignoble action, ‘perfidy’ in Andrés Bello view, a punishment undeserved by one who had worked so long for the American cause [...]*” (63).

En medio de la consistencia que tienen los argumentos que explican y justifican la conducta y los proyectos de Bolívar, lo que sustenta a su vez el merecido reconocimiento de sus dotes políticas y militares, se encuentra un bache que tiene importantes consecuencias a la hora de interpretar su obra. El esfuerzo intelectual que despliega el autor para entender las razones que llevaron a su personaje a actuar como lo hizo, se detiene cuando se trata de entender la conducta de los adversarios que bajo el rótulo de “liberales” se opusieron a sus propuestas políticas. Dado que no se ocupa en detalle de ellos, los rasgos con que los caracteriza se infieren de las posiciones de Bolívar: sus ideas y su comportamiento obedecerían, en el mejor de los casos, a un desconocimiento de la realidad hispanoamericana; obnubilados con sistemas foráneos, darían rienda suelta a su fanatismo sin importarles que lo que estaba en juego era la existencia misma de la nación. Con este argumento se agotaría la explicación de la conducta seguida por personajes como Santander y sus seguidores cuando se opusieron, entre otras cosas, a la Constitución de Bolivia con su presidencia vitalicia y senado hereditario. El esfuerzo por entender la conducta de este grupo es reemplazado en muchos casos por una valoración de orden ético y moral: Santander “*At twenty – seven he was a severe, humourless and touchy man, with a strong interest in Money and a streak of vindictive cruelty*” (131), “*an administrator mean enough to assume the bureaucratic responsibilities of the revolution while the Liberator concentrated on liberation*” (298). Dado que el autor considera que para Bolívar, Santander “*was the bane of his life, a nemesis he could neither shun nor sack, ironically one of his greatest ‘difficulties’*” (298), había sido más esclarecedor aplicar frente a él y el grupo que representa un enfoque diferente.

Lynch agrupa en dos categorías las interpretaciones que, en función de su relación con las élites criollas, se han hecho en torno al papel desempeñado por Bolívar. La primera, formulada en términos más claros por Carrera Damas, sitúa el proyecto de Bolívar en el seno de los intereses criollos y considera que si bien, en algunos aspectos, parecía distanciarse de ellos, lo hacía para garantizar aún más la “estructura interna de poder” que las élites buscaban salvaguardar. La abolición total de la esclavitud, aunque afectaba algunos intereses, buscaría en último término evitar una guerra racial y con ello preservar dicha estructura de poder.

Los proyectos constitucionales de corte aristocrático apuntarían al mismo fin, al negarle a los pardos las vías de incorporación política institucional que un ordenamiento republicano les facilitaría. La segunda interpretación, defendida por el autor, tiene la ventaja de superar las limitaciones de la primera, mar-

cada por un fuerte carácter funcional. Considera Lynch que Bolívar no fue un defensor de la mencionada estructura y que en su condición de líder llevó el proceso hasta donde las circunstancias económicas y políticas se lo permitieron, y en todo caso facilitó cierta movilidad social.

Para Lynch, el énfasis que debe hacerse no es tanto en la oposición de Bolívar a la *pardocracia*, sino en el hecho de que ésta en nada garantizaba un mejor gobierno para Venezuela. Lo que parece faltarle a esta versión es —por más paradójico que parezca en una obra en la que las relaciones sociales son las que le dan consistencia a la conducta seguida por el personaje— la base social sobre la cual el proyecto de Bolívar construye su especificidad y su distancia, con relación al proyecto de las élites conducente a perpetuar su estructura de poder. Por otro lado, queda abierto el interrogante acerca de si lo afirmado por el autor a propósito de la *pardocracia* en Venezuela es válido en términos generales para Hispanoamérica, con lo que ello significa en cuanto a la imposibilidad de que los sectores populares crearan un orden más justo. Esto, a su vez, implica rechazar los argumentos de quienes critican la Independencia porque en su dirección los intereses y la participación popular están ausentes.

Otra de las interpretaciones que rechaza el autor es la que destaca el “caos de la revolución” y ubica a Bolívar como un líder militar que triunfó en la guerra pero fracasó en el “mundo caótico” de la posrevolución. Ante lo cual sostiene: *“The problem with all concepts of failure is that no person, party or government, ever produces a perfect model of society, and all solutions depend on the willingness of people to collaborate in their own salvation”* (292).

El autor concluye su trabajo con comentarios acerca de la gloria, el liderazgo y el uso de la memoria. Analiza el lugar que tuvo la búsqueda de la gloria en Bolívar, para lo cual se apoya en un esclarecedor pasaje de san Agustín. Tema recurrente en todos los documentos del dirigente patriota con una incidencia que superó el ámbito retórico, su preocupación por la gloria es un aspecto que no puede soslayarse al intentar comprender la actitud con la que enfrentó los diversos avatares de su acción política y militar. Se cierra el círculo, y las últimas páginas están dedicadas al culto a Bolívar en Venezuela. Desde que José Antonio Páez, uno de sus más fieros enemigos, encontró que repatriar sus restos en 1842 contribuía a apaciguar la inestabilidad política, los caudillos que se fueron sucediendo en el poder compitieron en la tarea de ampliar y desarrollar el culto, *“it was to the advantage of Páez and other politicians to bathe themselves in vicarious glory and associate themselves with the record of Bolívar”* (300). Práctica que continúa en el presente, en que:

Far from maintaining continuity with the constitutional ideas of Bolívar, as was claimed, invented a new attribute, the populist Bolívar, and in the case of Cuba gave him a new identity, the socialist Bolívar. By exploiting the authoritarian tendency, which certainly existed in the thought and action of Bolívar, regimes in Cuba and Venezuela claim the Liberator as a patron for their policies, distorting his ideas in the process! (304)

John Lynch nos ofrece una excelente obra, un recorrido histórico en el que se percibe en toda su complejidad el personaje y la sociedad en la que vivió. Decenas de biografías sobre Bolívar se han escrito y otras tantas se escribirán, ninguna dejará de decir mucho de lo que ya se ha dicho, pero no todas aportarán nuevas perspectivas, entre éstas estará la del reconocido profesor inglés.